

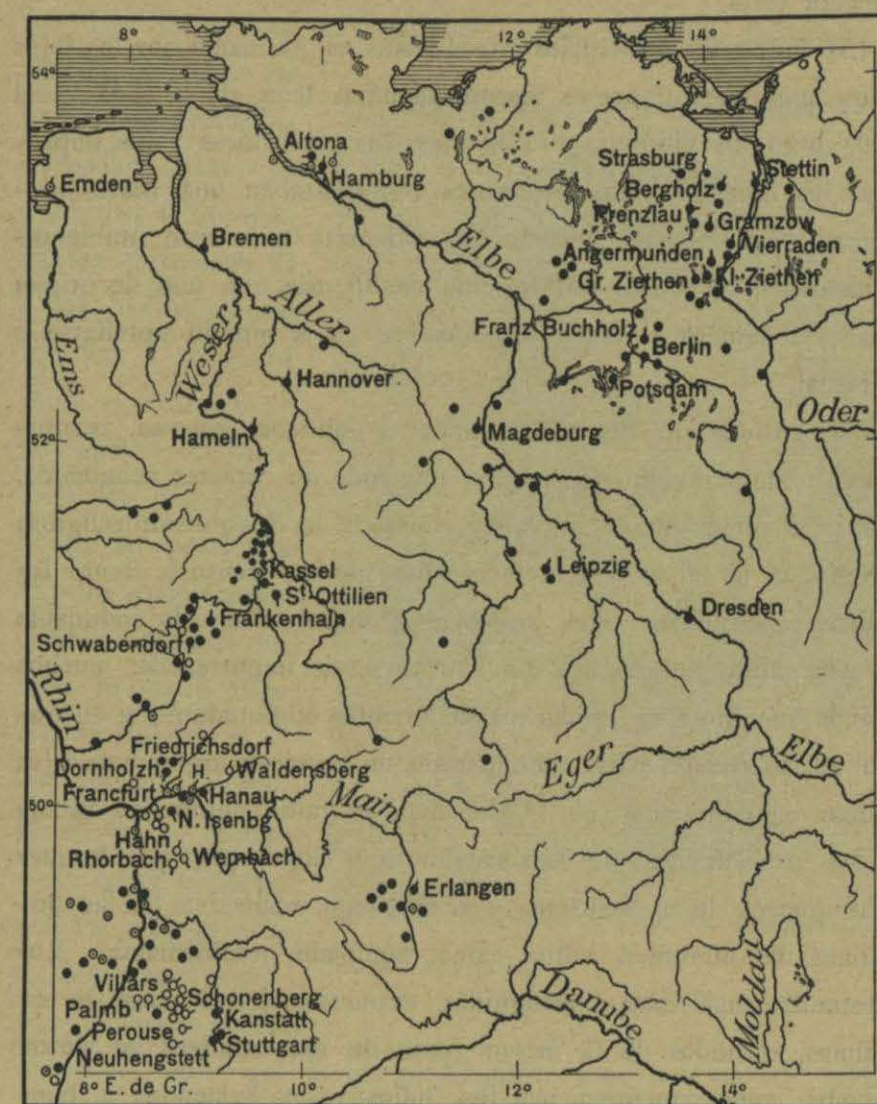
ó bien lograron deslizarse en algunas ciudades del extranjero, como Ginebra, que no osaba acogerlos francamente temiendo excitar la cólera del rey Sol. De diversas evaluaciones resulta que el número de Franceses que murieron en las cárceles y en los combates ó que emigraron del reino se eleva á cuatrocientos ó quinientos mil; la trigésima parte á lo menos de su población de que Francia se veía bruscamente disminuida, y si hubiera sido posible medir esta pérdida por el valor de los individuos, se vería que el empequeñecimiento industrial, intelectual y moral representaba una proporción mucho mayor, porque los protestantes eran con mucho los más instruidos y los más emprendedores de los súbditos, y la necesidad que les obligaba á defender su fe contra la malevolencia de los amos les obligaba á mayor dignidad y circunspección que la del gran rebaño de fieles católicos.

Muchas ciudades quedaron despobladas; otras, perdiendo su industria, cayeron en el abandono y la pobreza, como Saumur y Tours; Ruan, que contenía 80,000 habitantes, perdió la cuarta parte. Las industrias especiales de Francia fueron como desarraigadas y transplantadas á los Países Bajos, á Suiza, á Inglaterra, á los países rhenanos, al Brandeburgo; y permitieron á esos países extranjeros entrar en concurrencia con los súbditos de Luis XIV, ó hasta separarlos completamente del mercado para los productos manufacturados de que habían adquirido el monopolio.

El acto gubernamental que prometía asilo y ayuda á los desterrados es el edicto de Potsdam (1685), famoso en la historia germánica. Quince años después, en 1700, las colonias francesas de Prusia contaban 14,484 habitantes, prescindiendo de los militares que habían entrado en el servicio. Cerca de doscientas de esas colonias se fundaron en el conjunto de Alemania, pero las más débiles no tardaron en desaparecer en el medio ambiente, sobre todo por el efecto de la entrada gradual de los calvinistas en la iglesia luterana: la conciencia de la raza que resistía á la pérdida de la lengua se borraba rápidamente cuando la religión cesaba de diferenciar los fieles. Cierta número de esos grupos se reforzaron después por los emigrados de «Coblentza», algunos de los cuales continuaron residiendo en el país y en él dejaron su descendencia; por último, unos arte-

sanos, entre los cuales figuraban principalmente peluqueros y sastres, tomados frecuentemente como tipos por excelencia del «Francés»,

N.º 405. Colonias de Hugonotes en Alemania.



D'après H. Tollins

○ ○ Valdenses.    ○ Walones.    ● ● Franceses.

Este mapa está á la escala de 1 á 5 000 000

Los puntos jalonados indican colonias que existían todavía en 1902. Están acompañadas de su nombre, excepto Walldorf y Hamburgo, cerca de Francfort, y Untermuschelbach, Corres, Serres, Durrmenz y Pinache, en las inmediaciones de Stuttgart.

se establecieron en las grandes ciudades de Alemania. En todo, se cuentan en nuestros días unos cien mil individuos de genealogía francesa que han conservado su nombre sin traducirlo ni deformarlo, y

hasta se consideran como constituyendo una especie de aristocracia por el hecho de su descendencia, cuya memoria conservan cuidadosamente, hasta los que se han hecho exagerados patriotas alemanes ó afectan serlo.

Las industrias principales introducidas en Alemania por los hijos de los hugonotes franceses fueron las de la lana, de la seda y del papel; pero los pintores y dibujantes, los grabadores y los impresores, los libreros y los profesores representaban una parte proporcional todavía más considerable. Mientras que entre quinientos Alemanes no se cuenta por término medio más que uno de origen francés, el número es cinco veces mayor en el mundo nobiliario é intelectual<sup>1</sup>.

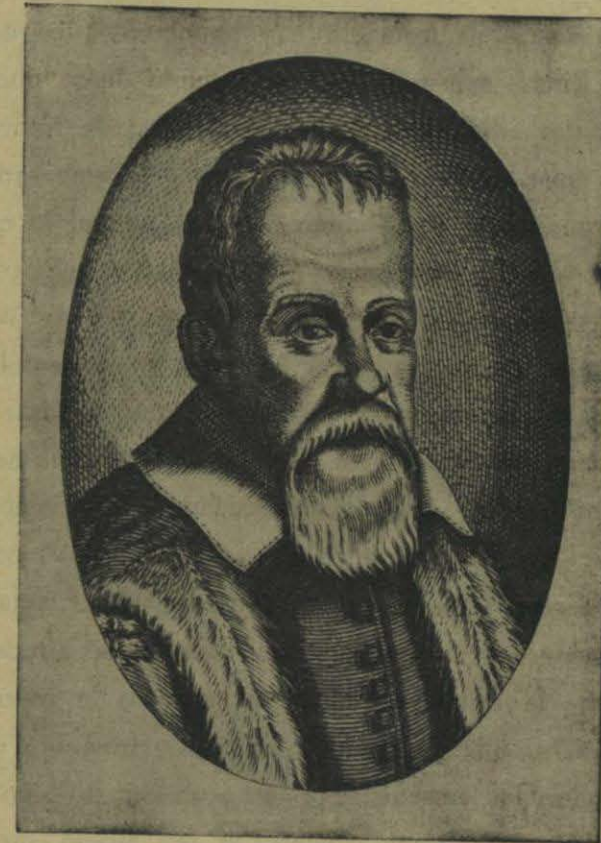
Para probar que los acontecimientos políticos, guerras, revoluciones y contrarrevoluciones tienen ante todo un carácter económico, se ha pretendido que la verdadera causa de la Revolución religiosa provenía de la lucha de intereses que ponían frente á frente los católicos agricultores y los protestantes industriales. Es indudable que esta causa parcial del conflicto tuvo su importancia: muchos patronos hugonotes se habían hecho terribles explotadores, y el pretexto de su herejía había suministrado un precioso argumento á los católicos empobrecidos por el beneficio extraído sobre su trabajo por los protestantes. La Revocación tuvo lugar un siglo después de las guerras de la Reforma, y la situación respectiva de las poblaciones de diferentes cultos había cambiado notablemente. Los protestantes, mal vistos, perseguidos, expuestos á toda clase de extorsiones, excluidos de la mayor parte de los empleos, se vieron obligados, como con frecuencia los Judíos y los Armenios, á ingeniarse para vivir, á desarrollar su iniciativa, á inventar nuevos procedimientos, hasta nuevas industrias, y hallaron, aun en las condiciones de inferioridad á que se les había reducido, los recursos necesarios para conquistar á lo menos una superioridad, la que da el dinero.

Como quiera que sea, las causas económicas fueron ciertamente muy secundarias en el acto de suicidio parcial que cometió Francia privándose de su clase más industrial. La persecución vino de

<sup>1</sup> Jacques Blainville, *Revue des Revues*, 1.º Febrero 1900.

arriba, de ese mundo devoto de la corte que destila pérfidamente el veneno de la calumnia. De esa misma gente vino también la intolerancia rencorosa contra aquellos católicos á quienes no se podía reprochar más que un rigorismo excesivo en la observancia de su fe. Los jansenistas eran odiados, porque, siendo demasiado fervientes, no podían esperarse de ellos bajas complacencias: no permitían á los elegantes cortesanos ni á las bellas damas transitar á su gusto sobre el «camino de terciopelo». En cuanto á los pensadores libres, su prudencia estaba justificada cuando buscaban un asilo en las provincias de Holanda ó en los cantones suizos.

Pedro Bayle, denunciado como blasfemo por los mismos protestantes, tuvo sufrimientos hasta en su



Gabinete de las Estampas.

GALILEO, 1564-1642

destierro, puesto que le fué prohibida la enseñanza por la magistratura de Rotterdam. Descartes comprendió también el peligro que había en permanecer bajo la vigilancia de Richelieu, adversario de las teorías de Copérnico, y se guardó bien de profesar ó de escribir en Francia. Siempre fugitivo, en Alemania, en Holanda, en Suecia, no se apresuró á publicar los manuscritos en que trataba de asuntos peligrosos, especialmente de aquellos que habían causado la sentencia inquisitorial contra Galileo, su gran predecesor en los estudios físicos y mecánicos.

Sabido es que, más de un siglo después del descubrimiento del Nuevo Mundo, el admirable astrónomo y pensador de Italia fué juz-

gado dos veces por los tribunales religiosos, en 1615 y en 1633. El gran sabio fué condenado por unos inquisidores ignaros á arro- dillarse para abjurar la doctrina «absurda» de la rotación terrestre, y después fué aprisionado y obligado á vivir hasta el fin de sus días en «domicilio forzado» en la ciudad de Arcetri<sup>1</sup>, asumiendo su propio hijo el cargo de vigilante por cuenta del Santo Oficio. Por lo demás, la forma libre y popular del lenguaje de Galileo alarmó á Roma, más todavía que el fondo de su doctrina: gran escritor y orador admirable, Galileo hacía obra de franca propaganda<sup>2</sup>. Que la frase sublime *Eppur si muove* (sin embargo se mueve) haya sido pronunciada por Galileo ante sus jueces, lo que no es probable y no se halla atestiguado por ningún documento histórico, ó que haya sido imaginada en 1744 por Steinacher de Wurzburg<sup>3</sup>, poco importa, porque la frase ha tomado un sentido épico y se emplea simbólicamente para toda verdad que, á pesar de la opresión de los curas, del odio de los reyes y de la envidia de los ignorantes, acaba por irradiar sobre la inmensidad de las tinieblas.

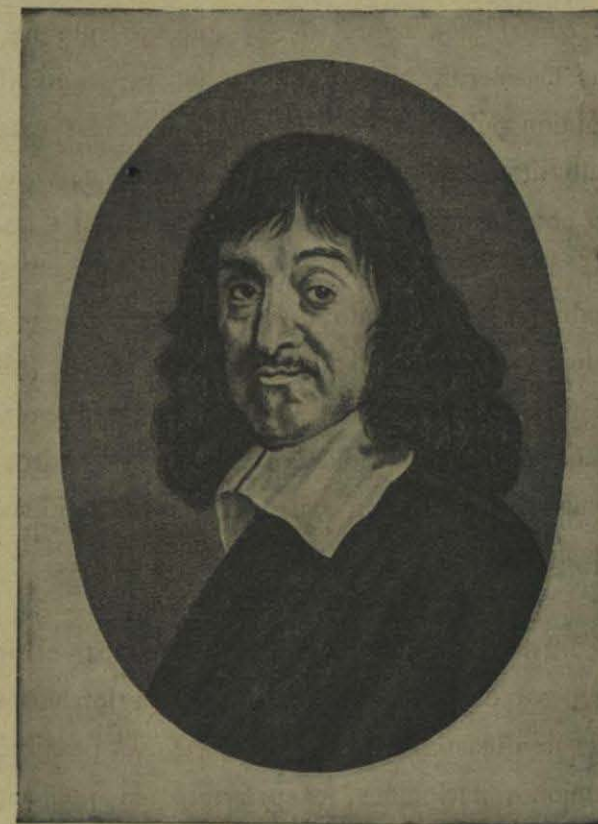
El último acto notable de Luis XIV, cuando ya misántropo, enfermo, inquieto por su próxima muerte, veía desvanecerse sus ambiciones y derrumbarse su reino á su alrededor, fué prosternarse ante la Iglesia por un acto supremo de contrición. La bula *Unigenitus* que el papa Clemente XI promulgó en 1713, en apariencia contra los jansenistas y los protestantes, pero principalmente contra la iglesia galicana y contra el rey mismo, fué, no obstante, exigida por éste. La autoridad del pontífice infalible, representada por los directores de conciencia, debía elevarse sobre todo, sobre el Estado mismo. ¡Por un suicidio terminaba la carrera del soberano que había intentado hacerse el dominador del mundo! Pero se estaba en la aurora del siglo XVIII, y ya el papa y el rey, la Iglesia y el Estado, no eran los únicos que se disputaban la posesión de los hombres. Estos comenzaban á pensar por sí mismos, riéndose á la vez de esos dos amos, frecuentemente tan terribles, y, sin embargo, ilusorios, puesto que reinan solamente á causa del terror universal.

<sup>1</sup> White, *History of the warfare of Science...*, trad. de Varigny.

<sup>2</sup> Th. H. Martin, *Galilée*; — Picavet, *Revue Rose*, 1895.

<sup>3</sup> Seb. Gunther, *Kepler, Galilei*.

Francia, relativamente rica y próspera al principio del reinado de Luis XIV, se hallaba al final de aquella larga dominación en un estado de extrema miseria, hasta peor que la que sufrió un siglo después en víspera de la Revolución. Los impuestos se habían doblado y la vigilancia sabia y metódica que habían organizado las «reformas» de Colbert no permitía absolutamente á nadie substraerse á la rapacidad del fisco. Seguro de hallar en todos los caminos y á la puerta de todas las ciudades inexorables cobradores de impuestos, el comercio local había cesado, y el hambre podía dominar en una provincia cuando en la provincia vecina las cosechas habían sido abundantes. La residencia casi forzada de todos los nobles en la corte y la irresistible atracción de



Gabinete de las Estampas.

RENATO DESCARTES, 1596-1650

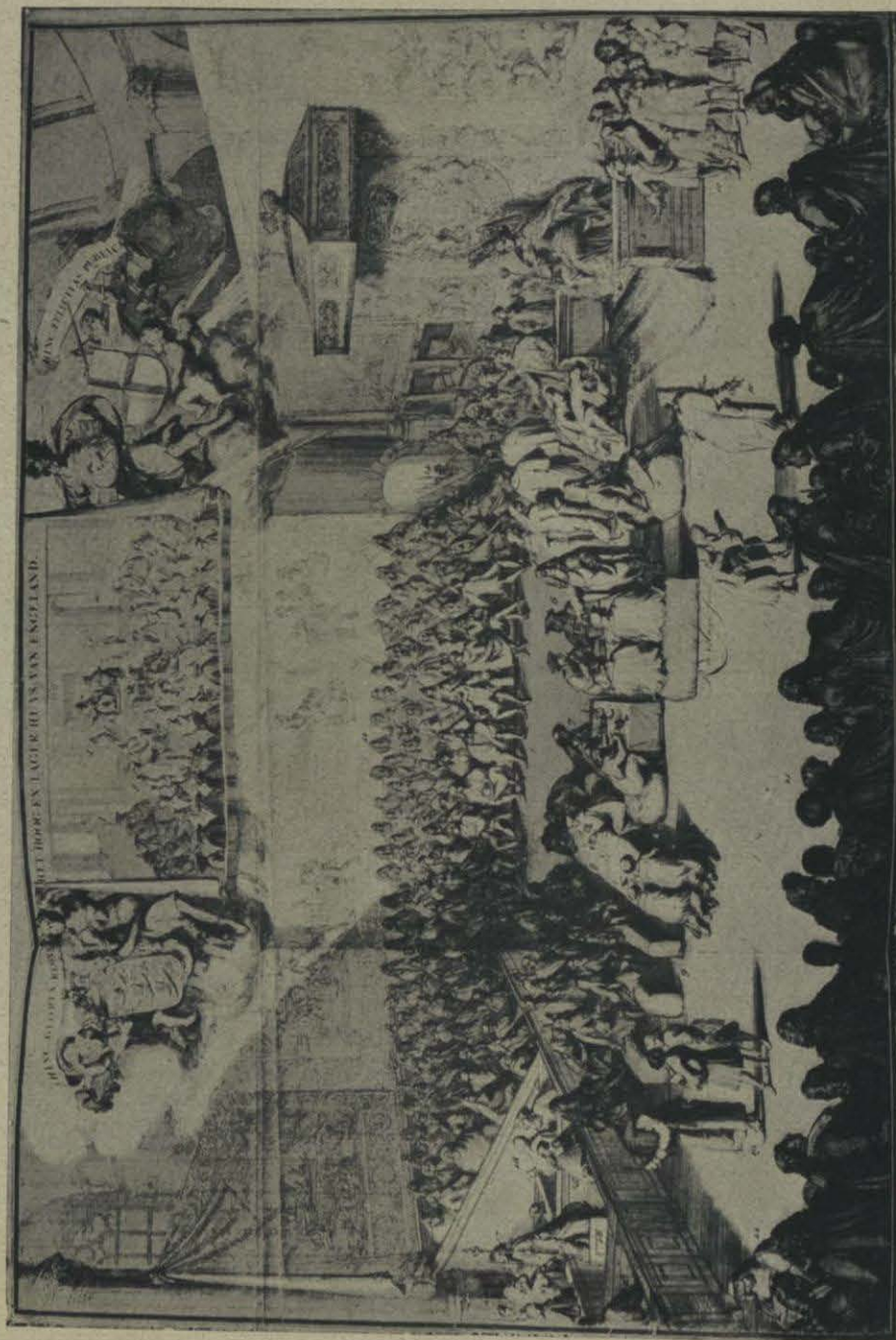
Versalles habían causado la ruina de los castillos lejanos de la residencia. Los señores cesaban de visitar sus tierras ó hasta no las habían visto jamás, pero continuaban reclamando las rentas habituales, sin que se hiciera restituir á la tierra la menor partícula de sus elementos de riqueza; resultando, por consiguiente, que gran parte de las tierras del reino quedaron yermas y no tenían ya el valor de las hipotecas con que el propietario empobrecido las había gravado.

Muchos yermos se crearon así, no por culpa de la Naturaleza, sino por la del hombre. Si la tierra quedaba estéril no podía culparse al clima ni al suelo, sino á las guerras, á los impuestos, á las

costumbres de los cortesanos reales y á su imprevisión. Entre esas tierras inútiles al hombre, puede citarse la Sologne, que fué devastada durante las guerras de religión, y cuyos propietarios nobles acabaron por abandonar completamente á la maleza y á los pantanos.

Por esas causas el fin del régimen fué acogido con alegría, aunque no anunciara el fin de los males. Parecía además que el Destino se encarnizaba sobre el rey anciano que no quería morir, cuando sus herederos, hijos y nietos habían sucumbido sucesivamente. La opinión pública no podía creer que todas esas muertes no hubiesen sido deseadas, y sospechando el crimen, veía en la corte un antro de envenenadores. Difícilmente se hallaría una gran época de magnificencia y de fausto que acabara de manera tan lamentable. Sin embargo, «el mundo quiere ser engañado», y á pesar del hundimiento del reino, la apoteosis del rey se hizo poco á poco en la historia tal como la refieren los escritores cortesanos. Luis XIV tiene siempre sus aduladores como Alejandro, César y Carlomagno; ¡cuántos reyes, aun entre los contemporáneos, siguen todavía su ejemplo!

Tocó á Inglaterra el turno de ocupar el primer lugar en Europa. A pesar de las revoluciones políticas interiores y de un doble cambio de dinastía, á pesar de los reveses pasajeros y hasta de las humillaciones nacionales, el progreso en población y en comercio no había cesado de producirse durante la segunda mitad del siglo XVII. El rey Carlos II, llamado del destierro después de la muerte de Cromwell y la renuncia de su hijo al protectorado, trató naturalmente de reaccionar contra todo lo que se había realizado durante su ausencia, intentando la obra imposible de suprimir la historia; llegó á encarnizarse contra los cadáveres é hizo decapitar los cuerpos de los regicidas; hasta hubiera querido volver Inglaterra al catolicismo, y se dejó llevar al punto de convertirse en pensionado de Luis XIV. Sin embargo, tuvo que contar mucho tiempo con su Parlamento, es decir, con la burguesía creciente. Si hacia el fin de su vida logró que prevaleciera su poder absoluto y se desembarazó de sus más fieros adversarios por la mano del verdugo, hasta hacer que la universidad de Oxford declarara que la doctrina de la soberanía



EL PARLAMENTO EN TIEMPO DE LA REINA ANA

Cl. Sellier.

popular transmitiéndose al príncipe por contrato es blasfema y criminal, su hermano y sucesor Jacobo II (1685) fué un vivo testimonio de que la fuerza pertenece á ese pueblo despreciado.

Jacobo II sólo reinó tres años; su yerno Guillermo III de Orange desembarcó para combatirle so pretexto de que era heredero legítimo del trono, pero en realidad como campeón del protestantismo y del legalismo parlamentario contra el catolicismo y el régimen del capricho. Apenas tuvo tiempo Jacobo de resistir, porque reducido á prisión y libertado después con desprecio como personaje sin importancia, tuvo que refugiarse en Francia cerca de su modelo, el «Gran Rey». Es interesante observar que ese cambio de dinastía lleva en la historia de Inglaterra el nombre de Revolución de 1689 — el advenimiento del nuevo rey y la «declaración de los derechos» datan en realidad de Febrero de 1688: el año comenzaba entonces el 25 de Marzo —. En concepto de las clases burguesas, la guerra civil, la muerte de Carlos I y el Commonwealth no constituyeron más que una especie de episodio preparatorio para su toma de posesión del poder.

Guillermo III, plenamente reconciliado con el Parlamento, que encontraba con la nueva rama real el ejercicio incontestado de sus antiguos derechos, fué pronto bastante fuerte para ser el jefe de los aliados contra Luis XIV. Su cuñada Ana, proclamada reina á su vez (1702), representa un período de la Gran Bretaña todavía más triunfante desde el punto de vista militar, puesto que las victorias de Blenheim, Ramillies, Audenarde y Malplaquet, obtenidas por su general Marlborough, se sucedieron bajo su reinado. El tratado de Utrecht (1713) aseguró la alta posición de Inglaterra en los consejos de Europa y aumentó en enormes proporciones su imperio colonial á expensas de Francia: le dió Nueva Escocia, Tierra Nueva y los mares inmediatos; le aseguró también la posesión del peñón de Gibraltar, insulto permanente al pueblo de España y, preciosa ventaja para una nación de mercaderes, le concedió el derecho exclusivo de la importación de los negros, en número de 4,800 al año, en las Antillas españolas. Inglaterra conquistó el monopolio del comercio de carne humana.

En aquella época, la historia de Inglaterra y la de Francia presentaban un notable paralelismo en las vicisitudes dinásticas que

repercutían en todo el organismo del gran cuerpo político. En tanto que la muerte de la reina Ana (1714) colocaba en el trono de la Gran Bretaña la familia alemana de los Jorge de Hanover, la muerte de Luis XIV (1715), cuyo biznieto Luis XV era un niño, traía consigo la intervención temida del Parlamento y el nombramiento de un regente de Francia, el duque de Orleans, que precisamente el rey difunto hubiera querido apartar del poder.

Alemania, dividida en numerosos Estados y principados á consecuencia de las guerras entre católicos y reformados inspiradas en sus ambiciones particulares, hasta apoyándose en el extranjero, se reponía lentamente de la terrible guerra de Treinta años. El antagonismo del Sud y del Norte, de Austria y del electorado de Brandeburgo, destinado á convertirse en 1701 en el reino de Prusia, había disuelto materialmente el imperio germánico, y el fragmento más considerable que de él quedaba, Austria, tenía hartos que hacer para conservarse contra los Turcos, que se hallaban todavía animados de la furia conquistadora.

Turquía se venía debilitando hacia un siglo, es decir, desde la época en que las flotas de Solimán el Magnífico dominaban en el Mediterráneo. La expansión turca hacia el Occidente había cesado desde el inútil sitio de Malta, en 1565, y la batalla de Lepanto, en 1571, y los sultanes, encerrándose en sus palacios, rodeados de conspiraciones y de intrigas, habían encargado á sus mercenarios la prosecución de la obra de la conquista. Sin embargo, Alemania estaba mucho más agotada que Turquía, y el gran visir Kara-Mustapha, «Mustapha el Negro», dueño del vasto hemisiciclo entre los Alpes y los Carpatos, vencedor de todos los ejércitos austriacos en campo raso, hasta osó aventurarse contra Viena, la capital del imperio (1683).

Kara-Mustapha fracasó delante de Viena, en cuyo socorro se lanzó Sobieski, rey de Polonia: el segundo ataque no fué más afortunado que el de Solimán en 1529, y de nuevo comenzó el reflujó. La retirada de los Turcos les originó la pérdida de Buda y de gran parte de Hungría; luego, á continuación de la batalla de Mohacs (1687), les fué preciso evacuar la Eslavonia y la Croacia. Los Imperiales penetraron hasta Belgrado. Al final del siglo, la paz de Carlowitz obligó

á los Turcos á entregar la Hungría y la Transilvania á los Austriacos, Azov á los Rusos, la Ucrania y la Podolia á los Polacos, el Pelopo-

N.º 406. La gran Turquía.



1: 12 500 000

0 100 400 800 Kil

El rayado claro indica el país que perdió Turquía al fin del siglo XVII; el territorio en blanco es el que le quedó después de la batalla de Zenta, 1697, y la paz de Carlowitz, 1698. El campo de batalla de Mohacs, que vió la derrota de los Turcos en 1687, era el de su triunfo sobre Hungría, en 1526.

neso á los Venecianos: era en superficie y en población más de la tercera parte de su imperio de Europa. Sucediéronse otros conflictos

de vicisitudes variadas durante los años siguientes hasta la paz de Passarowitz (1718), que aseguró la posición dominante de Austria en las comarcas del Danubio, fuera de Alemania. De ese modo el centro de gravedad del Imperio se trasladó desde Occidente hacia Oriente.

Extraños acontecimientos complicaron á Suecia y Rusia en esas guerras danubianas: los reinos lejanos del Norte tomaban también su parte en los grandes movimientos de la historia de Europa. Ya Suecia, como potencia protestante que comprendía en sus dominios extensos territorios germánicos, había sido arrastrada en el remolino de la guerra de Treinta años; pero Rusia, aunque librada de la dominación de los Mongoles y de los Tártaros, quedaba casi ignorada de las naciones de la Europa occidental y no tenía con ellas relaciones directas: puede decirse que estaba oculta, por el lado de Occidente, por Hungría, donde cristianos y musulmanes sostenían incesantes guerras, y por Polonia, que, con Suecia y los pequeños Estados bálticos, cerraba completamente el paso entre Alemania y Rusia, tipos de esos «Estados-obstáculos» que existieron en todo tiempo, antes de haber sido inventados de nuevo por la diplomacia moderna.

La dominación de los Tártaros de la Horda de Oro había ya cesado en la Rusia central desde el final del siglo xv, y el «gran príncipe y autócrata» Ivan III había tomado por símbolo el antiguo blasón bizantino del águila de doble cabeza buscando su presa á los dos lados del horizonte; sin embargo, Rusia no era enteramente europea, puesto que cerca de un siglo después, en 1571, los Tártaros de la Crimea, dando un rodeo ofensivo, habían penetrado hasta el centro de la gran llanura rusa, incendiado Moscou y reducido cien mil cautivos á esclavitud. En aquella época reinaba Ivan IV, á justo título llamado el «Terrible». Ese amo temible, que queda en la historia como uno de los tipos de la ferocidad brutal, era también un protestante á la manera de su contemporáneo Enrique VIII: aunque aceptando los dogmas tradicionales y practicando las ceremonias acostumbradas, entendía que el clero había de someterse á sus órdenes y á su merced.

El metropolitano de Moscou aventuró algunas tímidas observaciones acerca de actos sangrientos cometidos por el czar, y éste, inmediatamente, sin aviso y en pleno invierno, sale de Moscou y se

instala con su guardia en un pueblecillo inmediato, desde donde significa al metropolitano su intención de abandonar su imperio, cuyo



Cl. Sellier.

PATRIARCA RUSO Y SU CLERO, SIGLO XVII

clero protege á los boyardos culpables y los sustrae á la cólera del soberano. Aterrados por esta misiva que consideran llena de amenazas, y demasiado acostumbrados á la servidumbre para imaginarse